

PROPAGANDA

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



PIES DE ARCILLA

POR

Rod la Rocque, Vera Reynolds, Ricardo Cortez. etc.

N.º 114

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año III

N.º 114

PIES DE ARCILLA

(FEET OF CLAY, 1920)

Emocionante producción americana, interpretada
por los célebres artistas

ROD LA ROCQUE

RICARDO CORTEZ

JULIA FAYE

VERA REYNOLDS

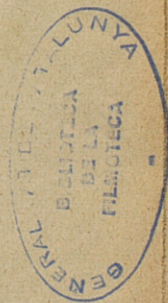
THEODORE KOSLOFF

etc.

Es una Película **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



PIES DE ARCILLA

Argumento de la película

La isla Catalina, en el Pacífico, a unas cuantas millas de distancia de la costa de California, era el lugar de diversión predilecto de la buena sociedad. Grandes y chicos, hombres y mujeres, acudían al pintoresco sitio en busca de diversión y alegría.

En la concurrida playa de moda se celebraba una semana de fiesta, la cual atraía infinidad de buscadores de placer de todos los ámbitos de la Unión. En lujoso yate habían llegado a este dulce rincón un numeroso grupo de amigos, ávidos de vivir las alegres jornadas veraniegas.

Era el dueño del yate un famoso millonario, médico eminente, llamado Fergus Lansell. Le acompañaban: su esposa Berta, una mujer frívola, de existencia humilde y modesta en sus tiempos de soltera pero que había tenido la suerte de casarse con un hombre tan inmensamente rico como el doctor; y Amy Loring, la hermanastra de aquélla, que podía presentarse con trajes de seda y bellas joyas, gracias al talonario de cheques, generosamente proporcionado por Lansell, pues Amy, de familia pobre, carecía de todo otro recurso.

De entre los invitados al yate de Fergus, destacaban dos jóvenes que se disputaban el amor de Amy. Eran Kerry Harlan, un chico modesto y honrado, sin otro ingreso que su trabajo, y Tony Channing, muchacho de desahogada posición que tenía a su alcance todas las comodidades que proporciona la riqueza.

Una tarde en la playa, Kerry repetía a Amy por centésima vez su pasión amorosa. Había levantado un pequeño castillo de arena y acababa de rematar con sus manos esa construcción frágil y compacta.

—Quisiera poder darte un soberbio palacio para que pudieras vivir en él — le dijo. —Te adoro, Amy. Nadie en el mundo puede quererte como te quiero yo. Y, tú, ¿me amas?

—Ya te contestaré otro día — respondió Amy riendo.

—Amy, ¿cuándo terminará mi espera?... Estoy impaciente. ¡Te adoro tanto!

En aquel momento, una pierna desnuda y blanca hundió las torres del castillo de arena.

—¿Por qué no hacéis castillos en el aire, que tendríais mayor amplitud? — dijo una voz burlona.

Se trataba de Berta Lansell, la esposa del médico. Esta criatura, que no sentía por su marido otra ligazón que el dinero, amaba en silencio a Kerry. Este no se había dado cuenta de la pasión de la dama.

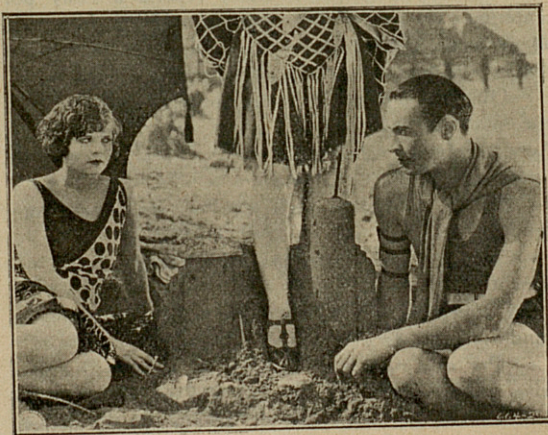
Con una cucharita sacó un dulce del frasco de confitura que llevaba en sus manos, y después de ofrecer a Amy, colocó uno de los bombones en la boca de Kerry. Y luego, riendo, sus labios se acercaron a los de él para arrebatarle la mitad del dulce. De lejos producía la sensación de que los dos se besaban.

—Es sabroso, ¿verdad?... Sabe a algo misterioso...

Y acariciaba con la mirada al joven, ídolo de sus pensamientos de caprichosa.

Amy la contemplaba con inquietud, adivinando los malos sentimientos que bullían en el alma de su hermanastra. Pero Kerry atribuía sencillamente a afecto amistoso la actitud de Berta.

El doctor Fergus, que estaba en una caseta, ro-



En aquel momento, una pierna desnuda y blanca...

deado de varias lindas bañistas, vió los manejos de su mujer, y frunció el ceño con una arruga de preocupación. ¡Su esposa era tan coqueta!..

Quiso cortar la escena. Llamó a un marinero que tenía una trompeta en la mano, y le dijo:

—Advierta usted que va a comenzar la carrera.

Se esparció por la playa el eco del llamamiento, y Berta, levantándose, arrastró consigo a Kerry. Amy se dispuso a seguirles, pero un brazo de hombre la

detuvo. Era Tony Channing que sonreía con su eterno gesto simpático.

—Amy, la quiero a usted. ¡Ojalá la suerte me dé a usted por compañera en las regatas!

—Ni usted ni yo podemos decidir éso... sino el destino.



...colocó uno de los bombones en la boca de Kerry.

—Pero, ¿lo desearía usted?

—Yo no puedo opinar...

Riendo se dirigió con él a la caseta. En el corazón de Amy, la simpatía se repartía casi por igual entre sus dos pretendientes.

El capitán Fergus entregaba unas cintas a los muchachos en las que estaban inscritos los nombres de las jóvenes que debían servirles de pareja.

Se trataba de una de las diversiones más sensacionales de la isla, la "regata de planchas", la cual

consistía en amarrar una serie de planchas de madera a otros tantos canots automóviles, y tripulada cada una por una linda bañista. Las parejas, es decir, la joven que tripulaba la plancha y el muchacho que pilotaba el canot, se escogían por sorteo.

Un mundo de inquietudes aguardaba el reparto de las cintas. El médico se encargaba de entregar las distintas suertes. Berta arrugó el hocico al ver que no era Kerry su compañero de travesía, sino Tony Channing.

Kerry saltó de gozo al enterarse del nombre de su compañera. ¡Su Amy, su novia de amor!

Dió principio la carrera entre el entusiasmo general. Sobre el mar encrespado y magnífico de aquella tarde, se deslizaron, raudas y suaves, las embarcaciones de motor. Tras ellas, y sobre las planchas, una legión de hermosas bañistas, de pie, con un bastón de cintas en la mano, ponían una nota encantadora y original.

Con un gesto de malhumor, Berta seguía la lancha conducida por Tony.

Kerry, llevando a la grupa de su canoa la plancha sobre la que se sostenía difícilmente, capeada por el oleaje, su adorada Amy, pensaba en las mieles del triunfo.

—¿Por qué no cambian el nombre al Pacífico?
— dijo riendo—. ¡Mar más alborotado!

—¡Miente tanto como vosotros! — gritó ella.

Llegaron por fin a la boya que señalaba el término de la carrera y a pesar de los esfuerzos de Tony por llegar primero, Kerry tuvo la satisfacción de alcanzar el primer puesto en la victoria.

—Qué te parece, Amy, ¿soy o no buen marino?

—En efecto, no hay quien te gane — dijo ella, satisfecha por su triunfo.

Pero de pronto, el motor pareció pararse, y algo,

como un recalcinamiento interior, agitó toda la barca. Kerry corrió al depósito y al abrir sus portezuelas, una oleada de negro humo le hizo comprender la realidad.

Se había incendiado el depósito de gasolina en términos tales que el joven pensó en la posibilidad de una explosión inmediata.



Dió principio la carrera...

Saltó de la embarcación, desató la fuerte cuerda que amarraba la plancha de Amy con el canot y bogó rápidamente alejándose a cierta distancia.

—Tendremos que regresar a nado— dijo él.

—¡Oh, mira!... — respondió Amy.

La canoa era ya una nube de incendio, y de repente un estallido brutal abrió en astillas la lancha.

—Si nos llegamos a descuidar un momento... ¡Volábamos!

Desde la canoa de Tony, Berta había presenciado el accidente. Temiendo por la suerte de sus tripulantes, ordenó a su amigo corrieran a salvarlos.

La lancha giró a toda velocidad, yendo en dirección de los náufragos.

En el mar, junto a Amy, repetía Kerry la cantinela amorosa.

—Ya sé que este no es el mejor sitio para decirte... pero, Amy, ¿quieres ser mi esposa?

—No seas inoportuno, ¡hombre de Dios! ¿Aquí una declaración, sobre esta plancha y a merced de las olas? ¡Guasoncito!

—Perdona, Amy, comprendo que me he tirado una plancha...

Su sonrisa esfumóse, de repente, al ver que algo aparecía sobre la superficie del mar, como un cuerpo negro y brillante que se ocultaba a intervalos para volver a mostrar su dorso lustroso.

—¡Un tiburón! — gritó Kerry —. ¡Boga hacia adelante—dijo a Amy, que se acurrucaba asustada sobre el madero—, y no temas! Yo te defenderé contra él.

Armado de un palo, se lanzó al mar, desapareciendo en el fondo. El monstruo marino volteaba su presa, sus enormes aletas expelían un torrente de espuma y abríanse sus fauces con la proximidad del manjar humano.

Kerry apartó a bastonazos esa fiera del mar que pretendía caer sobre él y sobre Amy, devorándoles por partida doble. El brazo armado del joven tenía a raya al tiburón, impidiéndole su siniestro instinto.

Kerry salía a la superficie para tomar aire y hundirse de nuevo, impidiendo que el animal alcanzase a su amada.

Pero el enorme pez, cansado de aquel guerrero invasor, hincó sus dientes en una de las piernas del

joven. La apretó con furia, machacando los huesos de su carne. Luego dejó ir su presa, rodeándola como si meditara el modo de caer más certeramente sobre su víctima.

Kerry estuvo a punto de desvanecerse. Su cabeza, ya sin fuerzas, caía, desmayada, rozando las olas: Amy comprendió que estaba herido. Y saltó de la plancha, despreciando el peligro, para ir en auxilio de su defensor.

En aquel momento, llegó el canot de Tony. Berta, incapaz de dominar sus sentimientos, comprendió el peligro en que se encontraba Kerry, y se tiró al mar, dirigiéndose hacia el sitio donde el muchacho aparecía desvanecido. Las dos mujeres llegaron casi al mismo tiempo, sosteniéndole, cuando ya la resistencia del joven se agotaba.

Tony clavó un arpón a la fiera marina que rondaba en torno de ellos, y la aguda lanza quedó vertical sobre el cuerpo del tiburón, que se alejó, para morir, tal vez, entre los suyos.

Subido al canot, Kerry, auxiliado por sus amigos, recobró el conocimiento. Pero le dolía extremadamente la pierna. Mirándole con compasión, Amy murmuraba:

—¡Pobrecito mío! ¡Lo hizo por mí!...

Regresaron todos al yate de Fergus; el doctor se encargó de curar la pierna de Kerry, que exigía un gran reposo. Y como el incidente les había puesto de malhumor, decidieron abandonar la isla Catalina para volver al puerto de destino.

La herida de Kerry, bien cuidada, no parecía gran cosa. El muchacho, sobre cubierta, tumbado en una "chaise-longue" sufría las melancolías de una forzada inmovilidad. Amy le acompañaba con frecuencia, sintiendo por su amigo el cariño que inspira la per-

sona que nos salvó de la muerte con riesgo de su propia vida.

Una tarde, Amy le regaló una hermosa flor, como símbolo de reconocimiento. Después de oír de labios de Kerry suaves palabras de amor, correspondidas ahora por ella, le abandonó unos momentos, llamada por unas amigas.

La rosa se escapó de las manos de Kerry, y éste, incapaz de poder moverse, sufrió lo indecible para recuperar su tesoro. Con ayuda de una de sus muletas, fué acercando difícilmente la flor. Tony acudió en su auxilio, cogiendo la rosa.

—¿Es de Amy?—preguntó el recién llegado.

—Sí...

—Pues ten las hojas y yo me quedaré con la flor.

—Cuidado, Tony — dijo Kerry, arrebatándole la rosa—. Somos los dos buenos amigos, pero no podemos compartir eso que tú crees... Amy será exclusivamente mía...

—¿Tuya? ¡No es posible!... La sacrificas a la compasión; ella, si te acepta, es por lástima... ¡Reconoce tú error, Kerry! ¡Sé bueno, no hagas sufrir a una mujer!

El rostro de Kerry se volvió pálido, como si sintiera algo muy doloroso.

Pero Amy había llegado poco antes y escuchó la conversación. Acercóse a Kerry, y depositó en sus labios el más ardoroso de los besos.

Luego, volviéndose a Tony, dijo:

—Dime, ¿es esto compasión?

El muchacho levantó los hombros con indiferencia.

—¡Tal vez algún día te arrepientas de lo que haces!

Y les dejó, mientras Kerry aprisionaba las manos de su novia y las besaba.

—Amy, mi Amy, ¿cómo te pagaré lo que haces por mí?

Desde su cámara, junto al ventano abierto que daba sobre cubierta, Berta había presenciado toda la escena. Sus ojos brillaron celosos al escuchar el rumor de besos. Un brazo enérgico la hizo descender de su observatorio.

—¿Por qué te interesan tanto las cosas de Kerry?— le dijo su marido—. ¿Qué te importa que tenga o no novia?

Ella sonrió con turbación.

—Nada... curiosidad... simpatía.

—Pues procura evitarla. Una mujer casada sólo debe interesarse por las cosas de su marido.

Y marchó con un gesto huraño y duro. Berta quedó pensativa, melancólica. ¡Cómo le aburría su marido! Y en cambio, Kerry... ¡Sentía por él la gran atracción de la juventud!

Algunos días después, celebróse a bordo la boda de Amy y Kerry. Dos invitados sufrieron lo indecible al efectuarse la ceremonia. Berta y Tony, sumidos en tristes pensamientos.

Amy y Kerry Harlan alquilaron un modesto piso en el populoso barrio neoyorquino de Harlem. La estrechez en que actualmente vivían, la compensaban con el halago del amor. ¡Eran tan felices!

Kerry experimentó una gran mejoría en su dolencia, tanto, que podía salir ya de su casa, con ayuda de un bastón. De vez en cuando, su pierna se resentía aún de la pasada herida. Pero disimulaba con esfuerzo heroico, deseando aparecer ante Amy como completamente curado, asegurando a su mujer que se encontraba del todo bien. Una noche, llegó a su casa más cansado que de costumbre. Se sentaron para cenar. Kerry quitóse el zapato que parecía amor-

dazarle el pie. Libre ya de esa angustia, dijo a Amy:

—No hay nada tan bello como el hogar. Hoy tenía verdaderos deseos de estar en casa. Esta noche, vamos a quedarnos aquí.

—Pero, Kerry, ¿no te acuerdas que hemos de ir a casa de Berta? Celebran un baile y estamos invitados... Desde que me casé, no he bailado. ¡Tengo tantos deseos de hacerlo...! ¡Y contigo, Kerry!

—Amy—dijo él con forzada sonrisa—. Yo hubiera deseado quedarme aquí, pero ya que tu gusto es ir a la fiesta, no voy a oponerme. Te acompañaré.

—¿Y bailarás conmigo?

—Bailaré...

Ella se sentó sobre su rodilla y el joven tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para ocultar el dolor que le producía su peso. ¡Oh, no tenía valor para confesar que se encontraba realmente mal! ¡Un novio, un recién casado, desea ser tan fuerte ante los ojos de la enamorada! Sí, bailarían, bailarían, como bailaban todos los hombres de su edad.

Los salones del matrimonio Fergus se habían abierto aquella noche a sus múltiples y distinguidas amistades. Por los jardines, iluminados a la veneciana, discurrían elegantes damas y caballeros, y bailaban a los acordes de una música, situada en el jardín, en el interior de un templete giratorio.

La presencia de Kerry y su esposa fué coreada por entusiastas manifestaciones. Se habían casado a bordo sin que nadie lo supiera y merecían un castigo.

Les rodeaba una legión de jóvenes que querían dar la enhorabuena a los recién casados. Entre ellos estaba Armando Bendik, favorito de la alta sociedad y modisto famoso, quien les dijo:

—Ustedes no comunicaron sus propósitos de boda y me hicieron perder a mí la ocasión de vender muchos vestidos... Han de sufrir un castigo... Les con-

deno a que Amy tenga que besar a todos los muchachos que están aquí presentes, y Kerry a las muchachas. ¿Qué tal?

El júbilo de todos coreó la iniciativa del modisto. La joven pareja accedió a ello.

El grupo de muchachos se colocó en fila a la izquierda, y el de muchachas a la derecha. Entre los primeros esperaba ansioso Tony Channing, y entre las segundas, la dueña de la casa, Berta Lansell. ¡Oh, recibir un beso de labios del hombre que amaba! ¡Le parecía el colmo de la felicidad!

Comenzó la dulce ceremonia. Amy, sonriente, volvió repentinamente a su marido, y le dijo:

—Cuidado, Kerry... sólo un segundo en cada boquita, ¿eh?

Todos rieron la frase. Y con juvenil entusiasmo, las muchachas recibieron el homenaje de Kerry, quien las besó, una a una, con obligada cortesía... Llegaba ya el turno a Berta, que aguardaba anhelante...

Ella miró riendo, y en el momento en que iba a besarla, se sintió apartado por un brazo discreto. Era el doctor Fergus, quien, sonriente, le dijo:

—Venga usted acá, querido amigo. Vamos a charlar un rato.

Y salió con él. Berta quedó huraña, furiosa. El médico, conociendo la ligereza de su mujer, apartaba a Kerry de ella, temeroso de algo irreparable. Quiso distraer a su amigo, hablándole de su estado.

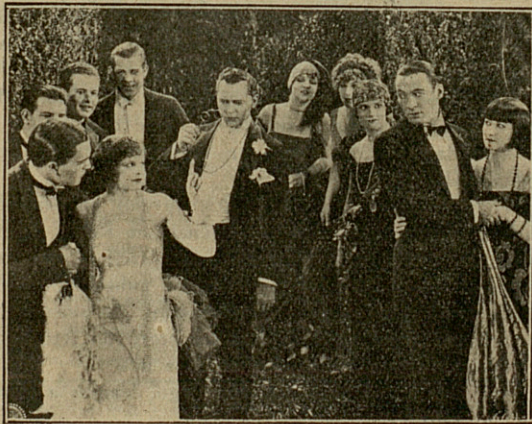
—Usted no debe bailar esta noche, Kerry—le dijo.—Yo, como médico, se lo aconsejo. Si no fatiga la pierna, pronto estará totalmente curado, pero si la cansa, no me atrevo a responder de lo que sucederá.

Amy había, entretanto, dado los correspondientes besos a sus galanes. Al ir a juntar los labios con Tony éste retiró el rostro, como si no quisiera aquel homenaje de la mujer que le había desdénado.

—Amy—le dijo—, mejor que un beso, prefiero otra cosa. ¿Me harás el honor de bailar conmigo el primer baile?

—¡Ah, no!—intervino Bendick, el modisto—. La señora danzará, antes que con nadie, conmigo. Me debe ese premio mayor...

—¡Calma... calma!—les respondió ella, riendo—. Se-



—Cuidado, Kerry... sólo un segundo en cada boquita, ¿eh?

pan ustedes que el primer baile lo he reservado a mi marido. ¿No oyen la música?... Voy a bailar con él...

Seguida de sus amigos, corrió hacia el grupo que formaban Fergus y Kerry.

—Bueno, Kerry... ¿vamos a bailar o no?

—¡Ah, puede estar usted satisfecho!—dijo Bendick—Su esposa nos ha rechazado a Tony y a mí, y reserva para usted las primicias de esta noche.

—¿Vamos, Kerry?—repetía ella.

Fergus dió con el codo a su amigo. ¡Cuidado! ¡No cometer imprudencias! ¡Iba con ello, la salud!...

—Mira, Amy—le respondió el joven con dulce sonrisa—, puesto que esos dos buenos amigos quieren bailar contigo, yo les cedo generosamente mi puesto, y presenciaré el espectáculo, desde la barrera.

La joven le miró ofendida. Ignoraba el sufrimiento interno de su marido, pareciéndole una necedad aquella negativa. Pero, en fin... bailaría con cualquiera de los otros dos.

Tony y el modisto se disputaron el baile a cara o cruz. Venció Tony, quien, con profunda alegría, comenzó a bailar con su antigua enamorada.

Kerry sentóse en uno de los bancos del jardín. Sentía una tristeza interior. Realmente la pierna le hacía todavía daño... Ocultaba discretamente ese dolor, queriendo aparecer fuerte y robusto a los ojos de la esposa, evitando que ésta pudiera mezclar el cariño con la compasión. Pero las órdenes terminantes del médico le habían obligado a no danzar.

Levantó los ojos y vió a Tony y Amy que daban unidos, meciéndose dulcemente a los acordes de una música sensual.

—Qué buena pareja hacen, ¿verdad?—dijo una voz.

Volvióse rápidamente y se encontró con Berta. Su rostro se ensombreció ante las palabras de esta mujer. Ella, sonriente, aclaró la frase:

—¡Oh, no te enfades! No me refiero a tu mujer y a Tony... sino a aquella pareja de cisnes...

Y señaló un par de aves que ponían sus plumas blancas sobre el cristal de un estanque cercano.

Pero los celos mordieron ya en el corazón del esposo. La danza había terminado, y se levantó, decidido.

—¿Adónde vas?—le dijo Berta, insinuante—. ¡Quédate aquí, conmigo!...

—Voy a ver si yo hago mejor pareja que el otro...

Amy le decía a Tony:

—Gracias, amigo. ¡Si vieras cómo me gusta la danza! ¡Qué música tan deliciosa!...



...vió a Tony y Amy que danzaban unidos...

—¡No era la música, si no los latidos de mi corazón, Amy, lo que te gustaba!...

—No digas tonterías, Tony... Ahora soy una señora casada, que me debo por entero a mi marido.

Llegó Kerry y dijo a su amigo, con amable gesto:

—Gracias por haber bailado con mi esposa... Ahora yo voy a imitarte con ella...

—¡Qué alegría!—dijo Amy, verdaderamente satisfecha—. ¡Bailar contigo! ¡Lo deseaba!...

La orquesta comenzó a atacar las notas de un baile moderno. Y Kerry y Amy se confundieron entre los bailarines, danzando con entusiasmo.

Berta, desde lejos, les contemplaba celosa. Sus ojos estaban hundidos en el círculo azul de unas ojeras violeta.

El doctor Fergus se acercó a ella y le dijo:



—Gracias por haber bailado con mi esposa... Ahora yo voy a imitarte con ella.

—He oído lo que hablaste con Kerry... Por tu culpa, por tus malévolas insinuaciones, él ha roto mi prohibición de no bailar... ¡Quiera Dios no tengamos que sentirlo todos!

—¿Y qué culpa tengo yo de que Kerry baile o deje de bailar?... Kerry me interesa, lo comprendo, me interesa bastante... ¡Es tan bueno!... Y tú no eres quién para impedírmelo...

El marido adivinó a través de estas palabras, una pasión pecaminosa.

—Te equivocas, y estoy aquí para evitarlo. Y como tú eres mi mujer y te quiero, a pesar de todo, serás mía hasta morir... Y velaré para que me seas fiel y no deshagas otro hogar que acaba de formarse. Pero... ¿qué ocurre? ¡Oh, Dios mío!

Kerry había caído al suelo, arrastrando al desplomarse numerosas guirnaldas de luces. Su pierna, horriblemente dolorida por el esfuerzo del continuo salto y por un pisotón que le dió involuntariamente un bailarín, había quedado falta de movimiento, como rota, y se doblaba, con la flojedad del algodón.

—¡Kerry! ¡Kerry!—gimió su mujer.

Fergus corrió hacia él, sosteniéndole en brazos.

—No debía haber bailado, Amy—dijo el doctor—. Ha sido una locura...

—Fergus... yo no sabía... ¿Es la pierna?

—Sí, y esta vez, algo gravísimo.

Le practicaron una cura: Kerry se había desvanecido y hasta dos horas después no lograron que volviera en sí.

Trasladado a una habitación, le rodeaban sus familiares y Tony y Armando Bendick.

Berta le miraba con ojos dulces. Amy había querido apartar algunas veces con gesto desdenoso a su hermanastra, cuyos cuidados solícitos le tenían en acecho. ¡Aquella mujer era tan peligrosa!

Fergus habló gravemente a Kerry.

—Has de pasar por lo menos un año sin poner el pie en el suelo... si es que quieres conservar la vida... Si no lo haces, podrá venir la gangrena o algo peor...

—¡Oh!—rugió el inválido—. ¡No es posible!... ¡Yo necesito trabajar para ganar mi vida!... ¡Amy es pobre... yo no tengo dinero!...

Pretendía levantarse del diván con una desesperación inaudita. ¡Quedar allá condenado para siempre, como un trasto inútil!... Amy procuraba calmarle, diciéndole las más dulces palabras. En esta hora de dolor, comprendía el enorme cariño que sentía por su marido. Aquella pierna había sido sacrificada por ella, primero en el mar, para salvar a Amy del tiburón, y aquella noche, en el baile, satisfaciendo un estúpido capricho de mujer. Ay, ¿por qué le obligó a bailar? ¿Cómo no se dió cuenta del estado grave de Kerry?... ¡Ahora pagaría para siempre aquel arrebató!

Tony, conmovido, al parecer, acercóse a Kerry y le dijo:

—No has de preocuparte por lo que pueda sucederte, amigo mío... Nos conocemos hace muchos años... Déjame demostrar mi amistad... Te ofrezco mi casa y mi talonario de cheques... Soy lo suficientemente rico, para que no me hayas de agradecer nada.

Kerry sonrió, con sonrisa terrible, desdenosa, y repuso:

—Agradezco tu generosidad, Tony, pero no puedo resignarme a perder mi esposa por salvar mi pie—le dijo en voz baja.

Tony se apartó, con gesto de indiferencia... Pero Berta agregó a su vez, con voz no menos conmovida:

—Amy y tú podéis venir a mi casa... Por algo eres hermana mía, Amy...

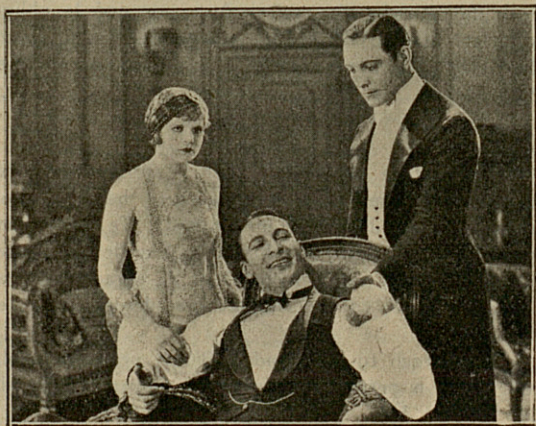
El enfermo sonrió. ¡Bondadosa mujer! ¡Siempre preocupándose, anhelante, por él! Pero esta vez, Amy, que conocía o adivinaba las segundas intenciones de Berta, se apresuró a responder:

—Berta, tienes un corazón de oro, pero conozco una muchacha que perdió a su esposo de esta ma-

nera, y no quisiera que a mí me sucediese lo mismo. Iré a trabajar...

Berta movió los labios con desprecio. ¡Todos azuándola!

El médico Fergus con Tony y el modisto Bendick formaban grupo aparte. Comentaban la desdicha de Kerry. El doctor era optimista, siempre que el joven



—Agradezco tu generosidad, Tony, pero no puedo resignarme a perder mi esposa por salvar mi pie...

no cometiese imprudencias. Un poco de paciencia y volvería el movimiento al miembro paralizado.

Salieron todos de la habitación. Ya en la puerta, Amy dijo al modisto Bendick:

—Amigo mío... ¿querría usted emplearme como modelo en su establecimiento de modas? Ya ve que necesitamos trabajar...

—De mil amores, señora... Pase usted mañana por casa...

A Kerry, que había oído la demanda de trabajo de su esposa, pareció acometerle un acceso de desesperación.

—No puedo consentir que tú trabajes... ¡ay!, yo me he convertido en un guiñapo, en algo inútil, en un estorbo... ¿Me perdonas, Amy?

Ella le abrazó, conmovida por su dolor. A callar, "niño"... ¡A callar, a obedecer a la mujercita!..

Se calzó los zapatos de charol de Kerry. Bromeó con él largo rato. Quería divertirle, que apareciera la risa en su rostro. Pero sólo logró hacer más patente su dolor. Y al amanecer, un automóvil les volvió al hogar, llenos de la tristeza de su desgracia.

Pasaron los días. Amy se resignaba con la rutina cotidiana de ir a la tienda del modisto, mientras Kerry continuaba maldiciendo de su suerte en la silla de inválido en que el doctor Fergus le tenía condenado.

Pero no había otro remedio. No quisieron aceptar la protección que les brindaban los Lansell, y todos los días iba Amy a la gran casa de modas de Armando Bendick, donde hacía de modelo.

Aquella mañana, como de costumbre, Amy se dispuso a salir temprano de su casa, camino de la obligación. Su marido, melancólico siempre, condenado por tantos meses a la forzosa inmovilidad de su diván o a tener que andar apoyando la pierna en una pequeña silla de madera, le pidió le alcanzase una caja de fósforos, guardada en un armario.

Ella subió a una silla para satisfacer el deseo de Kerry, pero con tan mala suerte, que se vino abajo, perdido el equilibrio por la rotura de una de las patas de aquella.

—No ha sido nada, Kerry, no te alarmes...

Levantóse ella misma, y después de entregarle los fósforos y de darle un último beso de despedida, marchó contenta hacia el taller.

Solo, con un gesto infinito de desaliento, Kerry contempló la silla rota, murmurando:

—No sirve para nada. ¡Es tan inútil como yo!...

El doctor Fergus le visitaba con frecuencia. Le daba constantes masajes que, poco a poco, parecían volver la vida a su miembro dormido.

Llevaba unas horas meditabundo, pensando en el noble sacrificio de Amy, que laboraba por él. De pronto abrióse la puerta y apareció en el umbral la figura delicada de Berta Lansell, que llevaba un gran paquete en las manos.

—Hola, chiquillo, ¿cómo va esa salud?

—Un poquito mejor, Berta... Y gracias por tu visita...

—Es un deber... No vamos a dejarte siempre solo. Te traigo varios fiambres, vamos a celebrar nuestra entrevista...

—Berta... siempre tan buena para mí...

Creía Kerry que sólo un afecto desinteresado y cordial llevaba a Berta a ocuparse de sus cosas. Ni remotamente pensaba que en aquel interés hubiese algo de pecaminoso.

Pero en cambio, la esposa del doctor Fergus seguía alimentando en su alma terribles esperanzas. Su marido adivinaba la pasión que ella sentía por Kerry, y la misma actitud reservada de aquél hacía a Berta más apetecible el soñado engaño.

Ella comenzó a deshacer los paquetes, llenando el comedor del perfume sabroso y delicado de los ricos manjares.

—Voy a ser por hoy tu enfermera, tu madre... Y cuando llegue Amy se encontrará con esa sorpresa...

Kerry agradecía aquella compañía que consideraba

generosa. Berta abrió varias latas de conserva. El joven quiso ayudarla en esta operación, y al hacerlo, lastimóse uno de los dedos, del que manó un hilo de sangre.

—¡Pobre Kerry! Déjame que te cure...

El se había envuelto la pequeña herida con su pañuelo que Berta le quitó sustituyéndolo por uno de encaje que llevaba bordado el nombre de ella.

—Te lo regalo... Puedes quedártelo como recuerdo mío... Pero, a cambio, tú me darás el tuyo, ¿verdad?

Kerry sonrió levemente. ¡Qué extraño capricho!

—Quédatelo. Así te acordarás de este desgraciado inválido...

—Curarás pronto, no lo dudes...

Y prosiguió la conversación, apasionada por parte de Berta, indiferente y melancólica de labios de Kerry.

Entretanto, en el taller de modisto, Amy, mientras, vestida elegantemente, paseaba exhibiendo el último traje de moda ante los clientes de la casa, tuvo un agradable encuentro. Vió a su amigo Tony Channing.

Amy se resignaba a ser contemplada por una dama gordezuela y ridícula, que, acompañada de su esposo, examinaba el vestido de la modelo.

El marido, un hombre calvo e insignificante, al parecer, se sintió medió tenorio ante las bellas piernas de la joven. Y con ayuda de su bastón, levantó, disimuladamente, la falda, solazándose en la contemplación de aquellas finas extremidades que transparentaban las medias de seda.

Pero Tony, que vió la maniobra, se dirigió hacia Amy, y al pasar ante el caballero de marras, le dió un formidable pisotón.

—Señor mío... tenga usted más cuidado—gritó el averiado Tenorio.

—¡Ah!, ¿por el pie? Lo que siento es no haberle podido retorcer a usted el pescuezo.

Y mirándole despectivamente, saludó a Amy.

—¡Qué sorpresa, chiquilla! ¡Ah!, ¿por qué no me permites que te saque de este antro infernal?

—Tony, tú ya sabes que eso no es posible... Tengo que ayudar a mi Kerry...

—Pues entonces, ¿me permitirás que te acompañe hoy?

—Esto es otra cosa... Si tienes el automóvil abajo, me dejarás en casa.

Amy, terminada su misión, después de despojarse de los bellos trajes de modelo, vistióse el suyo, tan adorable y modesto, y salió acompañada de Tony.

La joven descendió ante una tienda para comprar algunos dulces. ¡Merecía tantas cosas su marido! Después, siguieron en el coche hacia la casa de Amy.

—¡Ay, Tony!—dijo ella al bajar—. He gastado todo el dinero en comprar chucherías para Kerry y ahora no me queda para coger el tranvía esta tarde... Como en un santiamén... Si quisieras esperarme o volver dentro de una hora, me llevarías de nuevo al taller.

—Te aguardaré aquí, aunque sean dos horas, Amy...

La muchacha entró en el pisito, ilusionada con los bombones que traía para su marido; pero al abrir la puerta, apareció ante sus ojos un espectáculo desagradable. Vió a Berta inclinada junto a Kerry, acercando a sus labios una cucharita llena de sabroso dulce.

Dirigió la mirada por la habitación y descubrió sobre la mesa una porción de caros fiambres que Berta había traído.

Kerry, alzando los ojos al aparecer su mujer, le dijo, con sonrisa ingenua:

—Amy, mira quién está aquí. ¡Tu hermana Berta,

que está realizando el oficio de madrina encantadora!

Una explosión de celos animó el rostro de Amy. Vió relucir la mirada de Berta con expresión de burla, y escondiendo los bombones que ella había comprado, y que le parecían tan poca cosa, comparados con los regalos de la otra, respondió:

—Bien, Kerry. Si tú tienes una madrina encantadora, a mí me espera un padrino encantador. ¡Hasta la vista!

Y cerrando la puerta, bajó la escalera, casi con lágrimas en los ojos. ¡Aquella Berta en su hogar, queriendo sustituir a la esposa! ¡Qué asco!

Al verla junto al automóvil, Tony le dijo:

—Pero, chiquilla, ni que fueras hija del relámpago. ¿Has comido ya?

—No, hoy voy a comer contigo, Tony. Llévame adonde tú quieras...

—¡Qué felicidad, Amy! Ya pensaba yo que esto tenía que suceder...

Y el coche se deslizó raudo por la avenida.

Berta se había asomado a la ventana y al ver a Tony, sonrió irónicamente.

—¡Caramba!—dijo—. No sabía yo que Tony hubiese comprado un automóvil nuevo...

El marido corrió al mirador y pudo ver aún a Amy en el coche de su amigo. Quedó confuso, dolorido. ¿Por qué había hecho aquello su mujer?

Apenas contestó a las frases pérfidas de Berta. Y ella, satisfecha de su triunfo, de que comenzara la cizaña a florecer entre el matrimonio, abandonó el piso, después de prometer a Kerry que volvería a verle muy pronto.

Aquella tarde, en el jardín de su lujoso hogar, Berta Lansell, teniendo en la mano el pañuelo que le entregara Kerry, lanzaba su imaginación a atrevi-

dos pensamientos. ¡Se había propuesto que Kerry fuera suyo... y lo sería!

Su marido, que paseaba por el jardín, sentóse junto a ella. Mientras con un cuchillo sacaba punta a un lápiz, quiso el destino que viniera a herirse en uno de los dedos.

—¡Caramba!—dijo al ver salir la sangre—. Déjame el pañuelo, Berta.

La mujer escondió el que tenía entre sus manos y le entregó el suyo, de fino encaje.

—¿Qué es esto? —dijo Fergus, extrañado—. ¿Por qué escondes este pañuelo? ¡Dámelo!

—¡No!

Fergus se lo arrebató de un manotazo, lo examinó y sus labios se contrajeron con ira al ver bordado en una de sus puntas las iniciales K. H., que correspondían a Kerry Harlan.

—¡Berta!—le dijo severamente—. Te prohíbo que visites a Kerry, ¿me entiendes?, te lo prohíbo.

—Es el marido de mi hermana y le visitaré cuando se me antoje...

—¡No lo harás! Antes he de matarte... Y ahora, averiguaré yo por qué motivos este pañuelo está en tu poder.

Levantóse y dejó a Berta confundida en las sombras del jardín.

A Berta le importaban poco las prohibiciones de su marido, y aquel atardecer dirigióse de nuevo a casa de Kerry.

Pasaron una hora deliciosa. Pero Kerry esperaba impaciente la llegada de su mujer. ¿Por qué se había enfadado de aquella manera?

Berta había traído un libro de versos y le leyó páginas amorosas, que aludían precisamente a los amores prohibidos, de amantes que se buscaron para unir sus vidas que el destino había separado.

—¡Ay, Kerry! —dijo ella de pronto, con voz lánguida—. ¿No crees tú que somos nosotros como los enamorados del libro? ¡Ni tú ni yo somos felices! ¿Por qué no reparar nuestro yerro?

Y acercó sus labios a los de él, besándole con intenso ardor, como si pusiera en su boca todo el fuego de aquella pasión que la consumía.

Kerry se levantó, sorprendido, indignado.

—¡Por el amor de Dios, Berta, no quieras hacer de mí un mal hombre! ¡Fergus es mi amigo... y Amy es mi esposa... y la amo mucho!

—No lo dudo, Kerry, pero, ¿quién te dice a ti que Amy no ame a Tony?

—Esto es falso... falso... Berta, no traigas la intranquilidad a mi corazón. Por fin veo claro en tus cosas. Y es inútil, Berta, yo nunca cometeré una traición, jamás habré de avergonzarme de nada. ¡Sal de aquí!

Berta, después de insistir inútilmente, abandonó el piso, con el despecho de la mujer que ve estériles sus alardes de seducción.

Pero volvió a entrar precipitadamente, pálida y temblorosa:

—Fergus sube la escalera. ¡Si me encuentra aquí, me mata! ¡Escóndeme, por favor!

—¡Ay! ¿En qué compromiso me has metido? ¡Escóndete, ocúltate en mi alcoba!

Kerry, sentado en su sillón, estaba nervioso. ¿Qué iba a ocurrir si el doctor Fergus encontraba a su mujer?

El médico abrió la puerta autorizado por la voz de Kerry. Llevaba un maletín en la mano y venía como de costumbre a examinar el estado de su paciente.

Berta, desde el cuarto contiguo, escuchaba, miedosa. Los dos hombres se saludaron con sonrisa forzada.

La mano de Kerry saltaba agitaba por un movimiento nervioso.

—Pero, ¿qué te ocurre? — dijo el médico—. ¿Has tenido algún disgusto?

Tomóle el pulso y comprobó que el corazón latía apresuradamente. ¿Qué significaba aquella turbación de Kerry?

El muchacho sudaba. Hizo ademán de enjugarse el sudor de su frente y Fergus le brindó un pañuelo.

—Es tuyo. Me lo ha entregado Berta.

—Sí... sí... Berta estuvo aquí... esta mañana...

A Fergus le costaba trabajo sospechar de su amigo. ¡Había dado siempre tantas pruebas de bondad y de nobleza! La única culpable era Berta, la insensata mujer con la que había tenido la desgracia de casarse.

Un libro de poesías sobre la mesa le llamó la atención. Lo abrió y vio que era el mismo que muchas veces había visto en su casa en manos de Berta.

Una sombra de duda entenebreció su frente.

—¡Caramba! — dijo—. Este libro es idéntico al que tiene Berta en mi casa.

De pronto aspiró con fruición, como si un perfume conocido le hiriera los sentidos.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Te perfumas con jazmín?

—¿Yo? ¡No... no!

El marido levantóse con calma. El jazmín era la esencia favorita de su mujer. ¡Demonio! ¡Si aquel hombre estaría engañándole!

—¡Kerry! — rugió—. ¡Mi mujer está aquí en esta casa!

—¡Falso... falso! — gritó Kerry, horrorizado.

—¡Vamos a verlo... y si está aquí, voy a mataros a los dos!

Desde la alcoba, Berta temblaba. Buscó una salida... sus ojos adquirieron un gesto de horror.

Fergus, enloquecido, comenzó a abrir las piezas contiguas. Le seguía Kerry apoyando en una silla su pierna enferma. No había nadie... nadie.

Al llegar frente a la alcoba, Kerry quiso oponerse a que fuera abierta.

—¡Ah! ¿Tienes miedo? Cobarde, ¿es verdad, pues, lo que me figuraba? ¡Ay de ti si encuentro a Berta!

Lucharon un momento los dos. Pero Fergus abrió la puerta, entrando, enfurecido, en la alcoba. "Va a encontrarla" — se dijo Kerry.

Pero nadie. La habitación estaba desierta. Un gesto de extrañeza se dibujó en los labios de Kerry.

El médico registró los armarios, miró debajo de la cama... nadie... Pero vio la ventana abierta, y se dirigió a ella. No; por allí no había podido huir! Era un sexto piso; saltar era encontrar la muerte.

—Perdona, Kerry... he sufrido una alucinación... perdona.

Pero Kerry no salía de su asombro. ¿Dónde estaría la desdichada?

De pronto, se oyó un grito trágico de mujer. Era Berta, que, para esquivar la presencia de su marido, había saltado por la ventana, agarrándose a unos hilos telefónicos, fronterizos a ésta. Pero los hilos se desclavaban bajo su peso, y un grito terrible fué su demanda de auxilio al agitarse, desprendida, en el vacío.

Fergus y Kerry se asomaron a la ventana. Vieron un cuerpo de mujer desplomado en tierra. El marido, rechazando brutalmente al inválido, bajó a la calle. ¡A pesar de todo, amaba a Berta! ¡Y tal vez había muerto!

No, no había muerto, pero agonizaba. Fergus la recogió en brazos, llevándola en un automóvil hacia su hogar. Ahora no deseaba castigarla, sino salvarle la vida.

Kerry quedó junto a la ventana, inmobilizado. Las

emociones de aquella noche le habían causado profunda desesperación. ¡Aparecía ante los ojos de Fergus como culpable! Y luego, Amy no regresaba. Era muy tarde ya y no había vuelto. ¡Ay! ¿le habría abandonado, celosa, para marcharse con Tony?

Y decidió morir. Cerró herméticamente las junturas de la puerta y las ventanas y abrió la espita del gas, dejando que la habitación se llenara de la atmósfera letal. ¿Para qué vivir, si no valía la pena? Y se adormeció, tumbado en la cama, aspirando el óxido venenoso.

Aquella noche, Amy fué a cenar con su amigo Tony Channing. El muchacho insistía para que se fuese a vivir definitivamente con él.

—No lo dudes, tu marido no te quiere. Berta es su ídolo ¿y vas a ser tú tan tonta de volver con él? Acuérdate que tú y yo nos queremos.

Pero la voz de la razón hizo volver a Amy por los fueros de la legalidad.

—No, Tony. Comprendo que iba a hacer una tontería. Mi puesto está junto a Kerry. Al fin y al cabo no tengo prueba ninguna de que me engañe. ¡Volveré con él!

La insistencia de Tony fué inútil. Y la dejó marchar, convencido de que es imposible vencer a mujeres de la calidad moral de Amy.

Amy entró en su hogar. Su marido dormiría ya en la alcoba. Ella paseó largo rato por el salón, y sobre el mármol de la chimenea descubrió el pañuelo de Berta. ¡Ah, aquella mujer! Pretendía robarle a su marido, pero le defendería con toda su fuerza.

Quiso entrar en la alcoba. Estaba cerrada y Amy aspiró un olor a gas que la alarmó. Después de muchos esfuerzos penetró en la habitación y sólo tuvo fuerzas para abrir la ventana. Kerry estaba como muer-

to en el lecho. Ella se dejó caer junto a su marido, con un deseo de morir con él...



Berta había muerto. Fergus luchó desesperadamente con las armas de la ciencia para arrancar a su esposa de las garras de la eternidad. ¡Empeño inútil!

Antes de morir, la mujer dijo a su marido:

—Yo soy la única culpable, Fergus... Te lo juro ante Dios... Kerry es inocente, no le odies...

Y apenas cerró los ojos aquella criatura casquivana, el doctor fué de nuevo al piso de Kerry a darle una satisfacción plena de sus actos.

La puerta cerrada, silenciosa, a pesar de sus reiteradas llamadas, le obligó a valerse de la fuerza para abrirla. Una atmósfera de gas se mascaba en la habitación. Corrió a auxiliar a Kerry y a Amy que sobre el lecho tenían la mueca sonriente de los que voluntariamente se entregan a lo desconocido.

Los cuidados de Fergus y de algunos vecinos volvieron a la vida a los jóvenes esposos. Kerry, al abrir los ojos y ver junto a sí a su Amy, exclamó:

—Amy... amada mía... demos gracias a Dios por habernos salvado... ¡No me dejes más!

—No. Ya nunca... Kerry... Nada podrá separarnos... Ninguna mujer logrará arrebatarme tu cariño.

—Siempre seré tuyo, Amy. Te lo juro...

El médico, en el umbral de la estancia les miraba con ojos de piedad. Sí, había sido Berta la responsable de todo. Kerry amaba a su mujer. Eran felices. Sólo él había sufrido el trágico dolor de una compañera ingrata. El muchacho curaría pronto y todo les volvería a sonreír.

Y Kerry y Amy, ajenos a todo, se abrazaban y besaban con la emoción de los que vieron cercana la muerte... Fergus se retiró. Más tarde les comunicaría el triste fin de Berta. Ahora, que viviesen unas horas la dulce felicidad recobrada.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
GEORGE O'BRIEN

PRÓXIMO NÚMERO:

EL REGALO DE BODA

Por Betty Compson y Raymond Griffith

Postal-obsequio: BARBARA LA MARR

LEA USTED

JUGUETE DE PLACER

por Gloria Swanson, Tom Moore, etc.

en la Biblioteca *Los Grandes Films*

y

"COBRA" por Rodolfo Valentino

VIDA BOHEMIA

por Lillian Gish y John Gilbert

en las

EDICIONES ESPECIALES

La Novela Semanal Cinematográfica

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

—
Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta impresor. - Barcelona